

¿Los psicoanalistas han contribuido a su propio declive?

Autora: ÉLISABETH ROUDINESCO

Historiadora, Universidad de París VII-Diderot.

Traducción y edición: NICOL A. BARRIA-ASENJO

Universidad de Los Lagos, departamento de Ciencias Sociales, Chile.
nicol.barriaasenjo99@gmail.com

Agradezco a Elisabeth Roudinesco facilitarnos la traducción de su artículo
“Les psychanalystes ont contribué à leur propre déclin”, TRIBUNE “
PSY” publicado en Le Monde el 9 de febrero del 2019



Tras la muerte de Jacques Lacan en el año 1981 -entendido como el último gran pensador del freudismo-, la situación del psicoanálisis ha cambiado en Francia. En la opinión pública, ahora sólo se habla de psicólogos. En otras palabras, el término psicoanálisis, utilizado por Sigmund Freud en 1896 para designar un método de tratamiento a través de la palabra centrado en la exploración del inconsciente y que, por extensión, dio lugar a una disciplina, ya no se diferencia de un conjunto formado, por una parte, por la psiquiatría (rama de la medicina especializada en el abordaje de las enfermedades del alma) y, por otra, por la psicología que se enseña en las universidades (clínica, experimental, cognitiva, conductual, social, etc.).

El término psicoterapia -tratamiento basado en el poder de la transferencia- es común a la psiquiatría, la psicología clínica y el psicoanálisis. Las escuelas de psicoterapia, que pretenden basarse en este término, se han desarrollado a lo largo del siglo XX con muchos nombres diferentes: de 400 a 700 en todo el mundo. Entre ellas figuran la hipnoterapia, la terapia gestalt, el análisis relacional, las terapias conductuales y cognitivas (TCC), el desarrollo personal, la meditación, etc. Aparecen periódicamente en las revistas de psicología. Su característica es que pretenden llevar la felicidad a las personas que sufren.

Sujetos a regulación desde mayo de 2010, los profesionales de estas escuelas están ahora obligados a obtener un diploma universitario (máster en psicología clínica) para utilizar el título de psicoterapeuta. Si no es así, se designan a sí mismos como “psicopracticantes fuera del marco”.

Actualmente en Francia hay 13.500 psiquiatras, 27.000 psicólogos clínicos y unos 5.500 psicoanalistas, casi todos licenciados en psicología clínica. Como el título de psicoanalista no está reglamentado, sólo las escuelas psicoanalíticas (regidas por la ley de 1901) pueden presumir de una formación basada en dos criterios: haber sido analizado por un psicoanalista y después un proceso de supervisión por un colega para realizar la cura.

Según varias estadísticas, 4 millones de franceses sufren psicológicamente, pero sólo un tercio de ellos -el 70% mujeres- acude al psiquiatra. Han surgido nuevas definiciones para describir el malestar que acompaña a la crisis de las sociedades democráticas, minadas por la precariedad, la desigualdad social o la desilusión: depresión, ansiedad, estrés, agotamiento, trastornos por déficit de atención, TOC, trastornos bipolares o fronterizos, disforia, adicciones, etc. Estos términos engloban

lo que antes se denominaba “enfermedad mental”. Estos términos engloban lo que antes se llamaba psicosis (locura), neurosis (histeria y otras variantes), cambios de humor (melancolía), perversiones. En la actualidad, estos padecimientos se tratan con psicofármacos recetados tanto por psiquiatras como por médicos generalistas: ansiolíticos, antidepresivos y neurolépticos, consumidos extravagantemente.

Dominada por la psicofarmacología, la psiquiatría -poderosa en todos los centros hospitalarios universitarios (CHU)- ya no tiene el aura de antaño, puesto que ha abandonado el enfoque plural y dinámico de la subjetividad -psíquica, social, biológica- en favor de una práctica basada en la descripción de síntomas: reducción del pensamiento a una actividad neuronal, reducción del sujeto a un comportamiento determinado y una comprensión del deseo limitado al nivel de la serotonina. Así lo demuestran las distintas versiones del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM), que recogen como patología la propia condición humana: timidez, miedo a morir, miedo a perder el trabajo o a un ser querido, etc. Son innumerables los grupos que impugnan el DSM a través de peticiones, y reclaman la vuelta a una psiquiatría llamada “*humanista*”, tal es el caso del *Manifeste* por una primavera de la psiquiatría, publicado en *L’Humanité* el 22 de enero.

En el corazón de este sistema, el psicoanálisis ha entrado en una fase intermitente de declive. Ya no se apoya en los conocimientos psiquiátricos y ya no ocupa el lugar que ocupaba en Francia en la cultura literaria y filosófica, de los surrealistas a los estructuralistas, pasando por los marxistas y los fenomenólogos. Las obras de los profesionales están escritas en un lenguaje difícil de entender. Destinadas al “l’entre-soi, no superan una tirada de 700 ejemplares. En consecuencia, los editores de literatura general han cerrado o reducido al mínimo las colecciones psicoanalíticas que habían florecido en los últimos treinta años: Seuil, Gallimard, Aubier, Presses universitaires de France, Payot. Los clásicos: Freud, Melanie Klein, Sandor Ferenczi, Winnicott, Lacan, Dolto, etc. distribuidos en rústica, siguen vendiéndose con regularidad. En consecuencia -y con algunas excepciones-, la producción contemporánea ha sido reorientada por Erès, una editorial tolosana fundada en 1980, cuyas obras y revistas -con una tirada inferior a 500 ejemplares- se dirigen a un público de profesionales de la salud mental, la pedagogía y la primera infancia. Ahora no se considera a los psicoanalistas autores o intelectuales, sino trabajadores de la salud mental.

Divididos en 19 asociaciones, en su mayoría femeninas, los psicoanalistas forman un archipiélago de comunidades que a menudo se ignoran mutuamente. Organizan conferencias, disfrutan de la vida asociativa, les encanta viajar y sienten verdadera pasión por su profesión. La brecha generacional se ha acentuado hasta el punto de que todos los clientes privados son captados por la generación de

más edad, entre 60 y 85 años, en detrimento de la generación más joven (entre 30 y 40 años) que trabaja por salarios bajos en instituciones asistenciales (centros médico-psicológicos, centros médico-psicológicos, hospitales de día, etc.). Estos últimos tienen grandes dificultades para financiar sus tratamientos. Para darse a conocer al público, crean páginas web con fotografías de sus furgonetas y sillas, precios negociables y una lista de posibles terapias. La clientela es cada vez más escasa: el psicoanálisis atrae cada vez a menos pacientes. Pero, paradójicamente, la atracción por su historia, sus archivos y sus actores va en aumento, como si la cultura freudiana se hubiera convertido en un objeto museográfico en detrimento de su práctica clínica.

Las asociaciones más potentes -entre 200 y 800 miembros- se dividen en tres ramas: una primera (llamada freudiana ortodoxa) agrupada en torno a la Société psychanalytique de Paris (fundada en 1926), una segunda donde se encuentran todas las obediencias estrictamente freudianas (creada entre 1981 y 1994) y una tercera, ecléctica (1994-2000), que reúne todas las tendencias del freudismo.

Atacados por todas partes por su dogmatismo y su dificultad para modificar sus formaciones, los psicoanalistas también han contribuido a su propio declive al adoptar, desde 1999, posiciones indignas contra el matrimonio homosexual, y luego al debilitarse en interminables disputas sobre el autismo. Humillados por el éxito de los inmundos libros de tierra quemada contra Freud, han desertado de las batallas públicas, despreciando cualquier empresa que pretenda criticarlos. Sébastien Dupont, autor de una investigación sobre *L'Autodestruction du mouvement psychanalytique* (Gallimard, 2014), ha pagado el precio: “En cuanto expresas una crítica, caes bajo el yugo de un canto antifreudiano. “Por último, algunos psicoanalistas se entregan periódicamente a su deporte favorito en los medios de comunicación de mal gusto: sentar a los políticos en el diván. Emmanuel Macron es ahora su blanco favorito: “No ha resuelto su Edipo, se casó con su madre, no tiene superyó, es narcisista”.

Durante décadas, el psicoanálisis se enseñó en los departamentos de psicología como un enfoque psicopatológico de la psique. Adscrito a la enseñanza de la disciplina fuera de las escuelas psicoanalíticas, Roland Gori, ayudado por Pierre Fédida (1934-2002), desempeñó hasta 2009 un papel importante en la formación de clínicos de orientación freudiana, en particular mediante la contratación de profesores-investigadores en la sección 16 del Consejo Nacional de Universidades (CNU). Por desgracia, sus herederos no han conseguido, como él, ganarse el respeto de sus adversarios, que ahora quieren echarlos de su territorio, en nombre de la supuesta superioridad científica de la psicología. Y aprovechan la próxima fusión entre París V-Descartes y París VII-Diderot para ello.

Así, el Departamento de Estudios Psicoanalíticos de París VII-Diderot, inmenso bastión freudiano fundado en 1971 -36 profesores titulares, 270 doctorandos, numerosos conferenciantes, 2.000 alumnos- se encuentra hoy amenazado de extinción. Tres profesores de la sección 16ª del CNU han dimitido de sus cargos, afirmando que no es posible un enfoque dinámico y humanista en el -marco de una evolución científicista de la psicología (carta del 21 de diciembre de 2018). Una vez más, un colectivo denunció un intento de acabar con el psicoanálisis. Una vez más, las peticiones de rescate se multiplican.

Hay que decir que si la enseñanza clínica en París-VII es de un excelente nivel y algunos coloquios tienen mucho éxito -como el EG-psy-radicalización sobre el yihadismo (18 de diciembre de 2017)-, no se puede decir lo mismo de los intentos de “modernizar” el psicoanálisis con lo “queer” y lo “decolonial”. Cómo no reírse ante el anuncio de semejante programa (15 de diciembre de 2017)? Por lo tanto, si el Si el psicoanálisis se posiciona como el reverso de la razón cartesiana (...) ¿hasta qué punto capta el etnocentrismo de sus propias herramientas? O también: ¿Qué aporta al psicoanálisis la consideración del género y la colonialidad, en su concepción de las relaciones de minorización y alteración?

Sin embargo, no debemos desesperar al saber que, miles de médicos franceses, formados en el serrallo del freudismo inteligente, dedican su tiempo a atender a niños desamparados, enfermos mentales desamparados o familias desamparadas.